

Magdalena Lasala

Vengo del mar y del tiempo guardado en su azul huraño y sus simas ocultas, de su mansedumbre honda sembrada en mí como vida inevitable. Éramos otros. Hablo de una raza extinguida, de ecos y voces que sembraron de amores cautelosos las madrugadas y de pasos para siempre perdidos. Yo vengo de sus besos y sus riscos, vengo de sus nombres fructuosos y sus muertes de pasión, de sus cabellos sueltos, de su locura, de aquel mar de la tierra adentro de los dioses de destinos hermosos.

Yo viví aquí una vez, en la virginidad de aves diminutas, cuando no había precipicios y los árboles más altos alcanzaban mis rodillas. Estuve entonces, en el verano perenne de la luz, sin atardeceres de rojo ni estrellas muy lejos, cuando el océano era una amable orilla a mis pies, y recorrí los continentes en un puñado de mis pasos. He sido una liebre, un bardo, un soldado muerto en una guerra, el brumoso contorno de una isla y la belleza bronca de su tormenta. He sido cálamo en la mano de un rey, rama que albergaba un trino, un girasol rubio furioso en Junio, he sido el perfume a madreselva de un beso, luz aguamarina del fondo contra las rocas, las rocas amadas del mar manso y fui sombra. Estuve en Cartago y en Cornualles, me senté frente al peñasco del Finis Terrae, fui la última palabra de un libro, un ciprés, verde por un lado y por el otro ardiendo, fui un mapa y su meta y aquel viaje que no pudo acabar.

Era verdad, aquí no está Dios ni queda en nosotros nada suyo. Tampoco en los arcos que una vez señalaron los cambios del mundo, ni en esas miradas que parecen extraviarse en la confusión albergando algún recuerdo. Sólo vi dioses olvidados, pequeños, sonrientes que no saben por qué y quisieron instalarse en la dulce tentación de poseer un nombre. Pero Dios abandonó este lugar hace tiempo, llevándose las verdaderas piedras, las torres,

los miradores, los árboles más altos y los inmortales. Sólo los poetas quedaron, sin nada que perder, cómplices del fin de la historia, héroes de la gesta inútil, testigos de las estatuas dormidas y los jardines perdidos.

Quise decir adiós y no pude. Estoy en un lugar abandonado, pero ya no me duele. Sólo quedan los poetas, ellos no pueden decir adiós. En este lugar abandonado llueven estrellas del cielo en agosto y los poetas se aferran a las palabras y a su tragedia.

Lectura: Autora